LA GUITARRA

ó

PRIMERA PÁJINA DE UN LIBRO.

A.—What harmony is this? My good friends, hark!
C.—Maravillous svveet music!!
This is no mortal business, nor no sound
That the earth owes.

SHAKSPEARE.—*The tempest.*

LA GUITARRA.

PRIMERA PARTE.

I.

El cielo era sin nubes: centellaban
Con resplandor incierto las estrellas
En el diáfano velo de la noche,
Como claros diamantes en las trenzas
De la modesta vírjen: y la Luna,
Astro de amor, sobre la triste tierra
Hermosa y melancolica esparcia
Su nítida y radiante cabellera.
Dormian los mortales fatigados

Del intenso afanar que fué su herencia,
Y estático Ramiro contemplaba
El astro de la noche y su diadema,
Respirando las auras de la Pampa
Que á zahumar vienen la morada rejia
Donde dormita el Plata silencioso.
Suspendida su mente en las esferas
Fantásticas del cielo, se perdia
En mil cavilaciones halagüeñas;
Desparecia el mundo ante sus ojos,
Y aquel bien infinito de la idea,
Deleite sin acíbar que concibe
El mísero mortal y nunca prueba,
Llegaba á paleadar; mas de repente
Del fantástico sueño lo despierta
La armonía fugaz de una guitarra,
Que dichoso amador quizá á la reja
De su querida pulsa; ¡cuánto afecto
Movió en su corazon aquella tierna
Melancólica trova!—de otra vida,
Vida de amores y de encanto llena,
Era revelacion;—adios postrero
De horas de dicha que pasaron bellas
Para mas no volver;—era presajio
De infortunio ó de gloria venidera.
Enmudeció la voz y el instrumento.

Corrió entonces Ramiro á su vihuela,
Largo tiempo olvidada, que fué siempre
De su ambulante vida compañera,
Y entonó esta cancion que allá en España
En alabanza suya hizo un poéta:

Quien no oyó en noche clara y serena
Cantar contigo su dicha ó pena
Al amador,
Ese no sabe, guitarra mia,
Con que eficacia tu melodía
Habla de amor.

La mas esquiva, la mas ingrata
Cede al halago de tu voz grata,
De tu jemir;
Y al pecho blando de la que adora
Llevas una aura consoladora
Que hace vivir.

Cada son tuyo que dulce vibra,
Electrizando, mueve una fibra
Del corazon;
Sueños dorados infunde al alma,
Tristes recuerdos disipa y calma
Su ajitacion.

Si el labio puro de alguna bella
De amor entona tierna querella
A par de tí;
No es de la tierra, no, fujitiva
Esa armonía que nos cautiva,
Divina sí.

II.

Diez y ocho años tenia y era bella,
Bella entre las hermosas Argentinas,
Que son reinas de amor en Buenos Aires
Como el rio que baña sus orillas.

Diez y ocho años tenia, y en su rostro,
Donde el candor de la niñez se pinta,
La sombra pasajera é importuna
De congojoso afan se descubria.

Y de alma resignada á su destino,
Probada en el crisol de la desdicha,
La mansedumbre anjélica, imprimiendo
Inefable espresion á su sonrisa.

Sus negros ojos, de rasgada forma,
Eran focos de amor, luces de vida,

Y el fuego de pasiones afectuosas
Asomaba al traves de sus pupilas.

Bella era Celia, al parecer dichosa,
Porque todo en redor la sonreia,
Porque el mundo para otras tan ingrato
Sus codiciados bienes la prodiga.

Era entanto infeliz, por que el tesoro
Que apetecen las almas afectivas,
El soplo enjendrador que las fecunda,
El aliento vital que las anima;

Lo que las hace delirar de pena,
Lo que las hace palpitar de dicha,
Lo que despierta en ellas sin saberlo,
Deseos y esperanzas infinitas;

Lo que transforma en vasto paraiso
La mansion solitaria donde habitan,
O en palacio encantado donde se oye
Concierto de inefables armonias;

El amor y sus ansias y deleites,
Ella que tierno corazon abriga,
Que nació para amar y ser amada,
Sintiéndolo ideal, no conocia.

Y entretanto era esposa; á un hombre adusto
Con lazo indisoluble se ve unida,
Que entre el ara de Dios y el sacerdote
Pronunció el sí fatal con voz sumisa.

Mintió su labio ó tímido no dijo,
Lo que su niño corazon sentia,
Por complacer de padres ignorantes
El capricho insensato ó la codicia.

Prometió amor y fé en sus quince abriles
A un hombre que no amaba, inadvertida,
Y cuando abrió los ojos mas esperta,
Ni sintió amor por él, ni simpatía.

Se halló sin porvenir y condenada
A arrastrar existencia aborrecida,
Miéntras en torno suyo respiraba
Todo contento al parecer y dicha.

Y Celia era infeliz, porque no amaba,
Porque sonriendo, á su pesar, mentia,
Porque sentir amor, manifestarlo
Para su tierno pecho era la vida.

Y Celia algun consuelo solamente
Encontraba en la música espresiva

De su vihuela amada, cuyo hechizo
De sus horas el tedio adormecia.

Diestra pulsaba el instrumento amigo,
Cantaba al son de sus sonoras fibras
Las congojas de su alma solitaria,
Y en su música y canto embebecida,

Olvidaba el rigor de su destino,
Semejante aquella ave peregrina
Que cantando á los bosques silenciosos
Refiere su pesar y lo mitiga.

III.

Era una noche de verano bella,
Noche de arrobamiento y de delirio,
De esas que no se olvidan porque dejan
Rastro en el corazon intenso y vivo.
Callaba la ciudad que coquetea
Al mirarse en las aguas de su rio,
Y el empíreo estrellado semejaba
De la tórrida zona el mar tranquilo,
Cuando en su vasto seno reverberan,
Deslumbrando la vista fujitivos

Mil destellos de luz; el aura leve
Dormia silenciosa en el retiro
De su aéreo palacio, y ni se oía
Del vagabundo coro de los silfos
El májico rumor; Ramiro entónces,
Absorto en las rejiones de su espíritu,
Por solitaria calle caminaba,
Cuando hechicera voz de sus sentidos
Encadenó la accion; llegó á una reja,
Y al compás melodioso y espresivo
De sonora vihuela aquestos versos
Oyó cantar con pecho enternecido:

Acongoja mi alma
Dia y noche delira;
El corazon suspira
Por ilusorio bien;
Mas las horas fugaces
Pasan en raudo vuelo,
Sin que ningun consuelo
A mi congoja den.

Entre mis venas corre,
Quitándome el sosiego,
De comprimido fuego
El devorante ardor;

Pero una voz secreta
Me dice, infortunada,
Vivirás condenada
A eterno desamor.

Como muere la antorcha
Escasa de alimento,
Así morir me siento
En mi temprano albor;
Ningun soplo benigno
Da vigor à mi vida,
Pues vivo sumerjida
En triste desamor.

Como fátuo destello
Que brilla y se evapora,
Se oscureció en su aurora
El astro de mi amor;
Se fué con él mi dicha,
Se fué con él mi calma,
Solo ha quedado á mi alma
Perpetuo desamor.

El concierto dè canto y melodía,
No humano, al parecer, sino divino,
Interrumpió preludio quejumbroso

Del frájil instrumento, y un suspiro.
Quedó todo en silencio, y á su albergue
Congoja y turbacion llevó Ramiro.

IV.

En un bizarro alazan,
Que libre, ufano y soberbio
Cuando jóven en la Pampa [1]
Pació la grama y el trébol,
Salió una tarde Ramiro,
Solo con su pensamiento,
A recorrer las campiñas,
Cuyos jardines y huertos
En el florido verano
Brindan holganza á aquel pueblo,
Que en las famosas orillas
Del Plata tiene su asiento.
Llegó á una quinta [2] cansado,
Cuando ya mústio y sereno
El crespúsculo esparcia,
Sobre la tierra y el cielo,

1. Pampa—La llanura desierta.
2. Quinta—Mansion de recreo no lejos de de la ciudad, donde jeneralmente se cultivan árboles frutales y hortalizas.

Aquella luz misteriosa
Cuyos pálidos reflejos
Llevan al alma ajitada
Tristeza y recojimiento;
Y allí encontró reunido,
Como en un jardin ameno,
De la belleza porteña[1]
Lo mas gracioso y perfecto.
Una de ellas, cuya frente
Sombreaban con misterio
El pudor y la congoja,
Entónce al son hechicero
De la gitarra cantaba
Tristes y amorosos versos.
La voz, la música, el canto,
Todo su ser conmovieron,
Y despertaron al punto
En su memoria recuerdos;—
Clavó el mirar ¡Oh delicia!
Vió de la hermosura el cielo,
De las gracias el conjunto,
Y embelesado en silencio
Admiraba de su labio
Los peregrinos acentos,

1. Porteña—Llaman así los provincianos á la mujer nacida en Buenos Aires, por estar esta ciudad situada á orillas del único puerto hábil de la República Argentina.

La espresion indefinible
De su semblante, sus negros
Ojos, rutilando llamas
De amor como dos luceros;
Y entre sí mismo decia:
«Feliz del hombre que objeto
Sea de tu alma querido,
Del que cifre en tí su anhelo,
Del que beba tus caricias,
Y se recline en tu pecho.»
Cesó el canto; Celia entonces,
Unas y otras repitieron,
Y de Celia el dulce nombre
Volaba de estremo à estremo,
Del salon donde reinaba
Su hermosura y su talento.
A las manos de Ramiro
Vino la guitarra luego,
Y animado con la vista
De tantas hermosas, diestro
Pulsó las fibras sonoras,
Sus mas íntimos secretos
La pidió, cual si entendiera
Ella el hablar de sus dedos.
Quedaron de su armonía
Los corazones suspensos,

Ni articulaban los labios
Ni suspiraban los pechos;
Y miéntras las bellas todas,
En silencioso embeleso,
Permanecian, Ramiro
Preludiando en tonos nuevos,
Ora animados suspiros,
Ora misteriosos ecos,
Brotar hacia inspirado
Del melodioso instrumento.
Cesó al fin; todas á una
Su habilidad aplaudieron;
Solo Celia, Celia sola
Con elocuente silencio,
Con un suspiro del alma,
Con un mirar placentero,
Colmó á Ramiro de gloria,
De amor y júbilo á un tiempo.
¿Quién al deleite se niega
De la música y el seno
Latir no siente de gozo,
Al oir esos acentos
Que penetran hasta el alma,
A un por los poros, haciendo
Conmocion inesplicable
Temblar las fibras del cuerpo?

Y cuando entona ese canto,
Con voz que habla al sentimiento,
La bella en quien arraigado
Está todo el vivir nuestro,
El corazon se sublima
Con las álas del deseo,
A una esfera de ventura,
De indecible arrobamiento,
Y de delicias, que nunca
Las que no amaron sintieron.

V.

Celia dormia y soñaba.
Su esposo al lado despierto
Observaba con asombro
La ajitacion de su sueño;
Su alma flotaba dudosa,
Y ya la rabia y los celos
Hervir, palpitar hacian
Sus arterias y su pecho;
Ya creía, alucinado,
Que las caricias y besos,
Que dormida le prodiga,

Eran del cariño efecto.
Entre dientes murmuraba
Un nombre... «—¿Quién será cielos?—»
Decia él, y un sudor frio,
Y como chispas de electro
Por sus entrañas corrian;
Y ella con halagos nuevos
De su corazon calmaba
Los impetuosos recelos.

Celia decia:—« Huye, cese
Por piedad de tu instrumento
Esa hechicera armonía
Que en mí derrama un incendio...
No puedo amarte, mi esposo...
¿Lo veis, lo veis, con que ceño
Tan iracundo me mira
Porque yo amarle no puedo?
Mi corazan desdichado
Por siempre al amor ha muerto...
El himeneo me liga...
A otro hombre yo pertenezco...
¡Oh! si yo pudiera amarte!
¡Qué dicha! el amor que siento,
Este amor que sofocado
Es de mi vida el infierno,

Tuyo seria; seria.....
Tuyo cuanto yo poseo....
¿Con qué gusto y qué delicia
Te estrecharia en mi seno?....
Mis halagos, mis caricias,
Mi vida....ven que me muero....
Escucha....mi esposo, el lazo
Sacrosanto de himeneo,
El deber, la virtud, mira!....
Son obstáculos eternos
Que entre yo y tú se interponen....
Dios mio!...ven que me muero!»

Al oir estas palabras,
Delirios de amor intenso,
Interrumpidas á veces
De suspiros y silencio,
Que revelaban de su alma
Los mas íntimos secretos,
Dejó la cama su esposo
La sangre en furor hirviendo,
Y echando mano á un puñal,
De su venganza instrumento,
Sin decir una palabra,
Los ojos chispeando fuego,
A herirla va.—De la luna

Penetrando los reflejos,
Por la ventana, bañaban
De Celia el rostro hechicero.
Entónce, y cual si pudiera
Manifestar sentimiento,
De su querida guitarra
Se tronzaron y rompieron
Las cuerdas todas repente,
Con son horrible jimiendo:—
Trémula, inmoble, al ruido
Soltó su mano el acero:
Desarmólo la hermosura
O quizá el remordimiento.
¿Cómo no apiadarse al ver
Tanta belleza? ¿Aquel seno
Todo hechizos inefables?
¿Aquellos lábios risueños
Donde poco antes los suyos
Enajenados bebieron
Gloria indecible, torrentes
De dulcedumbre y contento?
¿Aquel ángel que fascina
Como serpiente aun durmiendo?
Dudó tal vez; mas miróla
Con tan espantoso ceño,
Con tan iracundos ojos

Que si á los suyos abiertos
Halláran, hubiera sido
Aquel su dormir eterno.
Y con un mar de pasiones
En el corazon soberbio
Salió de allí, como el que huye
De algun pavoroso espectro,
Que su espíritu conturba,
«—Pérfida Celia, diciendo;
Mujer pérfida, no esposa,
Yo descubriré el misterio
De tus amores...entónces!
Tiembla, como tigre fiero
Despedazaré tu vida...
Me gozaré en tu tormento...
Yo me hartaré con la sangre
De ese rival que detesto,
Despues que este puñal mio,
Vengativo y justiciero,
Ese tu adúltero amor
Vivo te arranque del pecho.»

VI.

Celia en vela y llorando vió la aurora.
Hermosa estaba;—palidez sombría,

Abatimiento, ajitacion interna
En su faz melancólica se pintan.
Las intensas pasiones así al rostro
Con señal indeleble estigmatizan,
Dejando en la conciencia lacerada
Rastro que no se borra, llaga viva,
Gusano roedor que nunca muere,
Noche llena de ensueños y tristísima.
No habiendo amado nunca, el fuego todo
De su robusta edad, vírjen ardia
Allá en su corazon secretamente,
Y se cebaba en él, y por sus fibras
Insufribles ardores derramaba:
Hasta que á impulso de pasion activa,
Como impetuosa lava reventando,
Devorase la trama de su vida;
Hasta que otra alma ardiente y amorosa,
Otra alma solitaria y peregrina
Por misterioso acaso penetrase
Los secretos de su alma enardecida.
Hallóla al fin cuando el destino quiso,
O su fatal estrella, y á sí misma
Se dijo alborozada: «Hélo, Dios mio!
El que yo ví en mis sueños noche y dia,
El que á mi amor tus juicios destinaron
Y me robó por siempre la desdicha;

Hélo el hombre que adoro» y desde entónces
Quedó clavada en él su fantasía.
Halló aquel corazon cuyos latidos
A los del suyo tierno respondian,
Aquel que para amar necesitamos
Y sentir las dulzuras infinitas
Que no es dado espresar á humana lengua,
Y que al mortal los ánjeles envidian.
Hallólo pero tarde, cuando á otro hombre
Indisoluble vínculo la liga.
Cuando la ley de Dios y de la patria
Perjura, infiel á su conciencia gritan,
Cuando amar era un crímen; y esta idea,
Ante la cual su espíritu se abisma,
Pone en lucha tremenda sus afectos;
Porque en él sin cesar, estaba unida,
Con la inefable imájen de sus sueños,
Y despierta ó durmiendo ver la hacía
El infierno con todos sus martirios,
El Eden del amor con sus delicias.

VII.

Un hombre el campo corria,
Corrria á la madrugada,
En un caballo tostado.

De la ajitacion de su alma
Viva imájen; una furia
Lleva asida en las entrañas,
Y en el corazon soberbio
Una víbora enroscada.
Él huye, él huye furioso
Y la espuela al bruto clava,
Que las crines sacudiendo,
Y echando espuma encarnada,
Bebe el anchuroso espacio,
Abre ufano nariz ancha,—
Corre, corre, vuela, vuela,
Se azora y la oreja para,
Siente en el hijar las puas,
Bufa, se encoje y se lanza,
Caracoleando, y de un salto
Zanjas y barrancos salva.
El correr dobla sus brios,
El aguijon le pone alas.
¿Dónde van bruto y jinete?
Dónde con presura tanta?—
El uno á su amo obedece,
El otro lleva en las ancas
Un demonio que le acosa,
Un demonio que le amaga
Y le grita: «Iliere, hiere,

Tu honor insensato lava.»
Él huye, él huye turbado,
Ni echa en torno una mirada,
Y en el aire enrojecido
Solo vé sombras que vagan.
Sangre le pide su honor,
Sangre pide su venganza,
Sangre balbuten sus labios,
Sangre su soberbia ajada.
¿Quién es?—de Celia el esposo.
¿De quién huye?—de su rabia,
De los vengativos celos
Que en su pecho se levantan.
Pero en vano, ellos le siguen,
El espíritu le asaltan
Y le gritan al oido:
«Muerte á la perjura que ama.»
Corre, infeliz, no te pàres,
Vasto es el campo; erizada
Tu carrera está de abismos
Y de aguijones tu almohada;
No hay sueño, no, para tí,
No descanso para tu alma;
Que las manchas del honor
Ni aun con la sangre se lavan.

Sudando y lleno de polvo
Vuelve el esposo á su casa.
En los hijares del bruto
Brota sangre colorada,
Y el corazon de su dueño
Arde como viva brasa.
Y por corredor sombrío
Ciego penetra á la estancia
De Celia, á tiempo que triste
Su instrumento ella templaba,
Su vihuela que era su ángel.—
Ambos se miran y callan;—
Ella tiembla y palidece
Como si viera el fantasma
De la muerte aparecerse
Trayéndola una mortaja.
«Celia ¡que pálida estás!
¿Has pasado noche mala?
Tus ojos, Celia, han llorado
¿Podré yo saber la causa?»

«—Tu semblante, esposo mio,
Algo siniestro presajia...
Si he llorado fué por tí...
Oye una cancion que espanta

Los tristes presentimientos
Y las congojas aciagas.—»

Ven á mis brazos,
Esposo mio.
¿Porqué ese ceño
Triste y sombrío
Que da pavor?
Ven y descansa
De la fatiga,
De los cuidados;
Yo soy tu amiga,
Yo soy tu amor.

Mira! mis ojos
Por tí han llorado,
Toda la noche
Se han desvelado
Tambien por tí.
¿Por qué dejarme,
Esposo mio,
Si á tus enojos,
Ni á tu desvío
Causa no di?

«Basta, basta, Celia mia;
En tu voz y tus palabras
Hay un talisman oculto,
Hay una hechicera májia;
Y en los melífluos sonidos
De tu querida guitarra
No sé qué, que de mi sangre
La fiebre ardorosa calma;—
Gracias te doy, mi Sirena,
A tu vihuela doy gracias,
Ella merece tu amor...
Me voy á dormir, descansa.»

VIII.

Coronado de espléndida diadema
El luminar del dia se ocultaba
En mar de resplandores, y la tierra
Al quedar en tinieblas solitaria,
Absorta y congojosa parecia.
Ausente á la sazon de su morada
El esposo de Celia, y perseguido,
Acosado tal vez por el fantasma
Terrible de su honor; entre el bullicio

Olvidar sus ofensas procuraba;
Miéntras Ramiro á la inocente Celia
De su pasion funesta y temeraria
Declaraba el misterio con acentos
Tan llenos de ternura y de eficacia,
Que á la misma virtud conmoverian.
Celia fuera de sí, muda, ajitada;
Por contrarios afectos, ni podia
Repeler aquel hombre que idolatra,
Ni su amor revelarle; mas sus ojos
El secreto de su alma traicionaban.
Pero al fin le responde: «Huye, Ramiro,
Y respeta la paz de mi morada;
Ten piedad de mi estado; soy esposa,
El deber, el honor, una muralla,
Un abismo insondable han interpuesto
Entre mi amor y el tuyo, y la venganza...
La justicia de Dios nos está viendo...
Huye, Ramiro, y mi inocencia salva.»
«—Celia divina; el corazon me parte
Ese fiero rigor que á la constancia
De pasion indomable é infinita
Opone tu virtud; déjame, ingrata,
De amor hablarte por la vez postrera,
Déjame aquesta dicha soberana
De pensar en tu amor, ¿por qué tus ojos

Ante los mios puso la desgracia?
¿Por qué tu canto oyera y la armonía
De aquella tu dulcísima guitarra?
¿Por que no fuí insensible á tus encantos?
Oyelo y lo sabrás:—cuando dos almas
Nacieron para amarse, ellas se buscan,
Y hasta encontrarse sin destino vagan;
Pero ¡ah de ellas si tarde! porque entónces
En vez de glorias infortunios hayan,
En vez del Cielo Infierno; así, la mia
Buscó la tuya, hasta que en hora infausta
La encontró al fin; no quieras la maldiga,
No me quites, oh Celia, la esperanza,
No me quites tu amor, porque es mi vida;—
¿Negaria tu mano un poco de agua
Al mísero sediento, y tú me niegas
El inocente don de una palabra?
Pronuncie amor tu labio una vez sola,
O muera yo de amor pues inhumana,
Te gozas en mi mal:»—así Ramiro
Decia á Celia, y la elocuencia rara
De la pasion brotaba por su rostro.
¡Lenguaje misterioso que las almas
Comprenden en silencio! Y como absorto,
Colgado de su boca y sus miradas
Permanecia mudo. Ella mas tierna

Y con lánguidos ojos contemplaba,
Como engolfada en piélago de afectos,
Aquel hombre rendido allí á sus plantas,
Que era el Dios de su amor, á quien perjuro
Su débil corazon incienso daba,
Aquel amable seductor que tierno
Besa y estrecha sus ardientes palmas,
Aquel ánjel benigno que le ofrece
El tesoro de amor que ella buscaba,
Y la pide tan solo en recompensa
De esperanza y consuelo una palabra:
Y rendido á un hechizo misterioso,
Que sus potencias débiles enlaza,
Sentia desmayar su fortaleza,
De su esposo y sí misma se olvidaba,
Y su entreabierto labio parecia
Querer articular una palabra,
Palabra celestial que apenas osa
Pronunciar el pudor cuando mas ama.
Pero á la puerta asoma de repente
El esposo ofendido que velaba;
Ojos de fuego vibra aterradores
Sobre aquellos incautos, y se lanza
Como el tigre feroz sobre la presa
Con puñal que en su diestra arroja llamas,
A traspasar á Celia;—mas Ramiro

Al ver la arma siniestra se levanta
Lleno de indignacion; el fiero golpe
Detiene con su brazo y lo desarma;
Y al punto Celia cae, con ay ! profundo
Con ay ! del corazon que á entrambos pasma.
Y entonce ¡ oh Dios ! cual si armonía oculta
Existiera entre Celia y su guitarra,
Reventaron las fibras con violencia,
Y fúnebre suspiro, queja infausta
A par de ella exhalaron. ¿Se heló acaso
El afectuoso pecho que arrancaba
A su forma insensible acentos vivos,
Y de su dulce voz cesó la májia,
Cesó con la de Celia ? Así es la vida,
Delicado instrumento que derrama
Torrentes de armonía, ecos sublimes
Al soplo de pasiones inflamadas;
Mas si ellas no lo animan, enmudece,
O exalando un suspiro se quebranta.

SEGUNDA PARTE

I.

Hay á mas del esterno que los sentidos palpan
Un mundo misterioso sin forma ni color,
Mundo que presentimos y que sin duda existe
Porque nos cerca y mueve su infatigable accion.

Un muudo de armonias, de fuerzas que difunden,
Fluyendo de la vida, la actividad do quier,
De ocultas simpatías, magnéticas influencias
Que obran bajo el imperio de inescrutable ley.

Cadena imperceptible que el ser al no ser liga,
La materia al espíritu y la natura al *yo*,
Y uniendo de las almas los íntimos afectos,
En relacion nos pone con lo animado y Dios.

Eléctrica sustancia que al universo abarca,
Emanacion divina, espíritu sutil;—
Misterios son de un mundo que el ojo no percibe,
Y la razon en vano pretende concebir.

La voz de la conciencia á veces nos lo anuncia,
A veces lo adivina profeta el corazon,
A veces el poéta columbra sus prodijios,
Les da visible forma su soplo enjendrador.

¿Por qué al mirar la luna, surcando majestuosa
En carro de zafiros el firmamento azul,
Cuando el aura embalsama el lecho donde el Plata
Dormita bajo pálio de transparente luz,

Estáticos probamos deleite indefinible,
Gozamos de la calma que reina en derredor,
Los ecos escuchamos de música inefable,
Vivimos de la vida que anima la creacion?

Mil lenguas ella tiene, mil voces que nos hablan
Vagamente de gloria, felicidad y amor;
Su vida es armonia, y cada eco que exhala
Despierta en nuestras almas sonora vibracion.

¿Porqué cuando se goza nuestro ánimo tranquilo
Fatal presentimiento lo viene á atribular,

Y el jemido lejano del corazon que amamos
Llega á turbar del nuestro la solitaria paz?

¿Por qué al ver la hermosura en rostro de quince años,
La sonrisa inefable del virjinal pudor,
Purificada el alma sentimos como si ella
Emanaciones puras transpirase de Dios?

¿Por qué nos arrebata la inspiracion del jenio,
Un acto de heroismo, de amor ó de virtud,
Y la belleza tiene tan poderosa májia
Que á la vejez helada palpitar hace aun?

La vida es la armonía; nuestra alma un instrumento
Que vibra unisonante con la obra del Creador;
Pero se rompe-frájil y disonantes ecos
Exhala destemplada su solitaria voz.

Del instrumento entónces las fibras enmudecen,
O al aire dan en vano su lánguido jemir;
La vida es como antorcha que en medio de un sepulcro
Sin pábulo arde mústia para estinguirse al fin.

Celia es esa antorcha que arde
En solitario sepulcro,
Ese instrumento que exhala
Solo acentos jemebundos.

No ha muerto porque palpita,
Inarmónico y convulso,
El corazon que la diera
Dios para tormento suyo;
Pero ha muerto para sí,
Para los otros y el mundo;—
Ha muerto para sus ansias,
Para sus deleites puros,
Para sus vanas quimeras
Y sus desengaños crudos.
Si vive aun, es su vida
Bajel náufrago sin rumbo,
Que vaga á merced del viento
Por el piélago profundo.
Si vive aun, es su vida
Como la de esos arbustos,
De hoja mústia y verdi-negra,
Que no dan ni flor ni fruto,
Porque su seca raiz
No encuentra en la tierra jugo.
Si vive aun, es su vida
Sueño febril y confuso
Con paroxismos de calma,
Letargo de un moribundo;
Luz que agoniza y se aviva
De aura fugaz al impulso.

Su labio, donde sonrisa
Fascinadora Dios puso,
Y melodías tan tiernas,
Hoy inespresivo, mudo,
Lívido está; y del silencio
Parece el marmóreo busto.
Si articula, son palabras
Vagas sin sentido alguno
Que nadie entiende, algun nombre
Desconocido y oscuro;
O si tal vez en su mente
Pensamientos importunos
Brotan, pasan y revuelven,
Y allí luchan en tumulto,
Como las olas del Plata
Cuando se ajita iracundo,
Nadie lo sabe;—si ve
En sus delirios nocturnos,
Negras horribles visiones,
Hondos abismos desnudos,
Nadie lo sabe, porque ella
Nunca lo dijo á ninguno.
Nadie sabe las tormentas,
Los devaneos confusos,
Las congojas y pasiones,
Ni los martirios agudos

Que aquella alma de mujer
Desgarráran uno á uno.

Pero los que la rodean
Dan respeto á su infortunio;
Porque en los pechos humanos
La compasion es un culto;
Y solo ven que su rostro
Está blanquecino y mústio
Como el lirio que arrancaron
Frívolas manos por gusto;
Que desgreñados ahora
Flotan sus cabellos rubios
Por su nevada mejilla,
Espalda y hombros ebúrneos:
Que ya no hay galas para ella,
Vestidos, joyas de lujo,
Tocador ni pasatiempos,
Risas ni saraos del mundo.
Y que aquel airoso cuerpo,
Cabizbajo y taciturno,
De albo ropaje vestido,
Lleva alto é inseguro
Do quier el pié; y ora absorta
Clava la vista en un punto,
Y allí está como atraida

Por algun prestijio oculto;
Ora al cielo la levanta,
Remueve el cuello desnudo,
Y otra vez el lento paso
Mueve sin designio alguno.
Solo notan en sus ojos,
Antes tan bellos y puros,
Como chispas que relumbran
Mirar fijo y vagabundo:
Y que de ellos brota á veces
Como por violento impulso,
Una gota transparente
De lava del pecho suyo,—
Lágrima que en su mejilla
Deja al caer vivo surco.
Solo saben que su nombre
Anda en la boca del vulgo,
Y que lenguas femeniles,
Dardos que hieren ocultos,
Cuentan que el esposo airado
La ha condenado á repudio.
Solo ven que la señala
Como criminal al mundo.

Pobre Celia! la deshonra
A mas de horrible infortunio!

Pobre Celia! haber sufrido
El destino que te cupo
Con resignacion virtuosa,
Consagrado el amor tuyo,
Y tu juvenil belleza
A un esposo, al hombre adusto,
Que para tí no creara
Sin duda Dios; y en tributo
Hoy desdicha y deshonor
Sobre tí descarga el mundo;
Sin piedad aniquilando
Tu porvenir en su orgullo.

Y sin embargo ese crímen
No fué tal vez crímen suyo.
Su alma pura é inocente
Firme en su fé se mantuvo.
Quizá allá su fantasía
Ardientes deliquios tuvo;
Tuvo sueños insensatos
Y pensamientos impuros;
Quizá allá su corazon,
Vírgen y tierno, no supo
Amurallarse á la lengua
Del seductor importuno;
Quizá amó; pero el secreto,

Para mal é infierno suyo,
En sus entrañas ardientes
Lo enterró como en sepulcro.

Y ese crímen de conciencia,
Que juez implacable y justo
Lleva en sí mismo el culpable,
Necio lo castiga el mundo.

II.

Ramiro es infeliz; en sus entrañas
Raices ha echado la pasion vivaz.
La pasion insensata que debia
Rastro indeleble en su ánimo dejar:—
Ella le roe, y le consume el pecho,
Atiza en él abrasador volcan,
Le hace olvidar deberes sacrosantos,
Absorbe su vivir y actividad.
Si ántes tranquilo y delicioso sueño
Encontraba y placer en el hogar,
Hoy su lecho es un potro de tormento,
Su albergue un calabozo sepulcral.
Si antes la risa de su amable labio
Era para las bellas talisman,

Y en tertulias, festines y paseos
Sabia voluntades conquistar,
Hoy solitario, taciturno y triste
Asombro inspira, ó compasion no mas.
Si ayer noble ambicion, sueños de gloria
Alimentó su pensamiento audaz,
Hoy la ciencia y los libros menosprecia
Que refrijerio á su pasion no dan.
Si oyendo las aéreas armonías,
Cuando la luna derramando va
Su luz benigna en la dormida tierra,
Idealizaba el bien y la verdad;
Hoy la vasta creacion para él no tiene
Sino ecos de presajio funeral,
Que el mundo suyo es la mujer que adora
Y de ese Eden no gozará jamás.
Pero ansioso la busca y no la encuentra,
Desde aquel dia á entrambos tan fatal;
Pregunta en vano y nadie satisface
Su devorante amor y su ansiedad.
Do quier en tanto ánte los ojos suyos
Hermosa, viva, encantadora está,
Do quier á Celia ve, y sobre su pecho
La hoja brillar de matador puñal:—
Hierve entónce su sangre, y la venganza
Se levanta en su pecho colosal,

«Muerte, grita, primero al asesino,
Yo soy de Celia el ánjel tutelar.
Era su esposo, sí, y deleite torpe
Beber pudo en su labio virjinal;
Pero por él no palpitó su pecho,
Ni su alma pura poseyó jamás.—
Ella es mia, lo sé. ¿Quién á mi anhelo,
Quién oponerse á mi pasion podrá?
Yo la quiero, ella me ama, muera el necio
Que nuestro amor pretenda separar.»

Y contra un imposible va á estrellarse
Este impulso de su alma criminal,
Como se estrellan en erguida roca
Gigantes olas de bravío mar.
Y frenético va, viene, se ajita,
Corre las calles de la gran ciudad,
Monta á caballo, é impresiones nuevas
Frenético dó quier buscando va.

Pero en vano procura el insensato
La fiebre de su espíritu calmar,
Envolverlo en el vértigo y fatiga
Del movimiento activo corporal,
Si dó quier, á toda hora, cada dia
Hierve en sus venas la pasion voraz,

Y su querer jigante va á estrellarse
Como en la roca el tempestuoso mar.

Y así de pasiones lleno
De deseos temerarios,
Para aturdirse un momento,
Monta una tarde á caballo.
Era una tarde de aquellas
Deliciosas de verano,
Cuando el viento de la Pampa
Templa del calor los rayos;
Y á las orillas del Plata
Trae las aromas del campo;—
Cuando el aire es tan vital
Tan transparente y liviano
Que espansion indefinida
Parece quiere elevarnos,
Y deseos infinitos
Brotan en la mente y vagos:—
Cuando la vida rebosa,
Hierve en todo lo animado,
Y fermentan las pasiones
En el corazon lozano.
Y en esa tarde Ramiro,
En un tordillo bizarro,

Por la calle de *Barracas* [4]
Cruzaba á galope largo,
Envuelto en nube de polvo
Que levantaban los cascos
Del animal que fogoso,
Impaciente como el amo,
Anchas narices abria
Para sorberse el espacio.
Grupos varios de jinetes,
Damas á pié ó cabalgando,
Arboledas, caserías,
Todo atrás iba dejando
Ramiro, sin que un momento
Nada pudiera distraerlo;
Porque en su mente hormiguea
Informe, pero animado,
Un mundo.—Lleva el sombrero
Sobre la vista inclinado,
Porque lastima la luz
Su ardiente pupila acaso,
O porque ella de la noche
De su espíritu es sarcasmo;
Pistoleras al arzon,

4. Barracas—Nombre de una vasta calle de paseo poblada de hermosas quintas, que conduce al riachuelo del mismo nombre, en cuya orilla hay desde tiempo inmemorial grandes almacenes para depósito de cueros, llamadas en el país Barracas.

Frac azul, pantalon blanco
Lleva, y espuelas que dán
Jigante brio al caballo.
Pronto el puente de Barracas
Atravesó galopando;
Prendió al bruto las espuelas
Y tomó por suyo el campo.
Nada detiene la furia
De su correr, ni pantanos
Ni barrancas, ni bajíos;
Nada á su ardor pone espanto,
Que ciego va y al destino
Desafia temerario
Quien para luchar con él
Tiene voluntad de mármol.
Y así que sintió en los brios
Del noble bruto desmayo,
Llegó á una quinta cercana,
Sin designio meditado,
Cuando el sol plácidamente
Se escondia en el ocaso.
Ató al palenque [1] la brida
Del animal trasijado,
Y subió por escalones

1. Palenque.—Pequeña estacada de gruesos maderos trabados horizontalmente, en la cual se ata la soga ó la brida del caballo. Los hay jeneralmente á la entrada de toda casa de campo.

Hasta el caserío vasto.
De alto cuerpo y bella vista,
Sobre un terraplen fundado,
Donde á la sazon no había,
Al parecer, sino criados.
Al pisar allí, un recuerdo
Atravesó como dardo
Por su mente; aquella quinta
Era, aquel sitio encantado
Donde por primera vez
Vió de Celia los encantos,
Donde la dicha perdió
De sus juvelines años,
Bajó el terraplen de nuevo
Y hácia un bosque de duraznos,
No muy distante de allí,
Se encaminó á lento paso;
Luego entró á una angosta calle
De álamos copudos y altos,
En cuyo estremo flameaban
Del sol los últimos rayos.
De hojas secas y de flores
El suelo estaba regado,
Y mezclando su fragancia
Las mosquetas y los nardos,
Y las rosas se mecian

En sus ramas y sus tallos.
Pensativo se detiene,
O camina à lento paso,
Que el aroma de las flores
Le tiene como embriagado.
Aquí ó allí despues nota
En el tronco de los álamos
Cifras de amor que amadores,
Felices tal vez grabaron,
Y algunas borradas ya
Por haber crecido el árbol.
« Frájiles memorias son
Que al pasar necios dejamos,
Creyendo vivirán mas
Que nuestros amores vanos.»
Dijo para sí y camina
Pensativo y ajitado
Hasta llegar al estremo
De la calle, por do manso
El Riachuelo [1] se desliza
Del gran Plata tributario.
Sombrean su fresca orilla
Viejos sauces agobiados,

1. Riachuelo—En español es nombre jenérico de todo pequeño rio; en Buenos Aires apelativo de la única corriente que por las cercanias de esta ciudad desagua en el Plata. Tambien le llaman riachuelo ó rio de Barracas.

Jóvenes retoños suyos,
Acacias, higueras y álamos...
.....
.....
Allí en la grama se sienta,
Y sobre el codo apoyado
Vé delante que, al pasar
Las aguas remolineando
Pliegues y círculos forman
En la honda olla de un remanso;
Y que hojas, ramas y peces,
Cadavéricos y blancos,
Envuelve allí el remolino,
Se hunden y salen flotando,
Para volverse á perder
En el remolino manso,—
—«Así son mis esperanzas,
Mis deseos insensatos,
Y las pasiones que bullen
En mi pecho temerario—
Hervidero de agua viva
Que hondo abismo vá tragando...»
Pensó Ramiro. Del sol,
En el horizonte claro,
Brillaba aun transparente
La diadema de topacios,

Y el crepúsculo en la tierra
Iba lento derramando
Aquella luz misteriosa,
Aquellos tintes opacos
Que á los objetos imprimen
Contorno indeciso y vago.
Las auras quietas dormian
En sus aéreos palacios,
Todo era calma y silencio,
Todo misterio aquel cuadro;
Todo armonía y reposo
En aquel sitio encantado,
Do solo á veces se oía
Del agua el murmullo blando,
De la tórtola el arullo
O el jemido solitario.....

III.

Ramiro entónces sintió
Bajar refrijerio á su alma,
Participó de la calma
Que reinaba en derredor;
Y por la primera vez

Miró serena su mente
Su desventura presente,
Lo insensato de su amor.

«Manso rio! quién dichoso
De tu fortuna gozára!
Del animado reposo,
De tu amena soledad!
Quien viera correr su vida
Como la tuya serena,
Por una márjen florida,
Libre de la tempestad!»

«Yo tambien feliz vivia
Cuando Dios quiso, y creaba
Mi risueña fantasia
Sueños de felicidad:
Yo tambien gozaba ayer
De esa tu calma que envidio,
Porque hoy con la furia lidio
De jigante tempestad.»

«Sin duda Dios, en mal hora,
Me dió indómitas pasiones,
O de locas ambiciones
Jérmen fatal puso en mí;

Por que hoy abriga un infierno
Mi cabeza, donde lucha
Lo mundanal y lo eterno
Con ardiente frenesí.»

«¿Por qué la vi? Porqué al verla
Nació en mí un incendio al punto?
Por qué vi en ella un conjunto
De perfeccion ideal?
Por qué funesto destino
La puso ante mí tan bella,
Para que incauto por ella
Sintiese amor criminal?»

«Criminal sí, lo confieso,
Lo conozco, pero tarde;
Por que ¿quién la lava que arde
Puede apagar del volcan?
Quién desarraigar del pecho
Esta pasion que me absorbe,
Y de ella solo en el orbe
Hace centro de mi afan?»

«Harto pago mi delito,
Si fué delito el quererla,
Si ciego ingnoraba al verla
Fuese de otro la mujer;

Harto lo pago si doy
El reposo de mi vida
A una esperanza mentida
A un amor que no ha de ser. »

« ¡ Oh naturaleza bella !
Yo comprenderte sabia
Cuando entre tu alma y la mia
Vivo concierto existió;
Pero hoy instrumento mudo
Eres para mí, y no puedo,
Cuando de mí mismo dudo,
Concebir tu vida yo !

« Centro creador de armonía,
En el gran todo, y señor
El hombre me parecia
De este sublime jardin;
Pero hoy enigma sin nombre
Me parece el universo,
Donde en tinieblas el hombre
Marcha ignorando su fin.»

«Así yo incierto divago,
Sin una luz que me guie,
En pos de algo que sonrie
A mi ardiente corazon;

Y cuando sondo en mí mismo
Horrorizado y diluso,
Solo descubro un abismo
De muerte y tribulacion.»
Estos y otros pensamientos,
Como recuerdos amargos,
Por la mente de Ramiro
Rápidamente pasaron...
Era la noche; adios, dijo,
Adios al riachuelo manso,
Y se fué hasta el caserío
Pensativo y cabizbajo.

IV.

Serena estaba la noche,
El firmamento estrellado,
Y aromas puros traía
Fresca la brisa del campo.
Ramiro en el corredor
Del caserío, sentado
En un gran sillon vetusto
De gusto anterior á Mayo; [1]

1 De gusto anterior á Mayo.

En Mayo de 1810 se inauguró en el Plata la revolucion de la Independencia. Antes de esa época muebles, trajes, modas, todo era de gusto severamente español; despues de ella, el comercio libre trajo al país objetos labrados al gusto de otros pueblos europeos, y el gusto del país en materia de cosas de ornato y comodidad se fué modificando y mejorando sucesivamente.

Puesta la mano en su frente,
Su codo firme en el brazo,
Cavilaba, revolvia
En su espíritu ajitado
Quizá planes de venganza,
Pensamientos temerarios.
Do quier su pasion hallaba
Invencible algun obstáculo,
Y crecia como crece
Torrente que no halla paso,
Y rebosa y se desploma
Todo en su furia arrasando.
Y veia desde alli,
Alzando la vista á ratos,
Brillar luces vagabundas
O eclipsarse en el espacio;
Y oia el ronco chillido
De los grillos y los sapos,
El graznido repentino
De los vijilantes gansos,
El balar de alguna oveja
O el relincho de un caballo,
Cuyos disonantes ecos
Confundidos y mezclados,
Una música formaban
Capaz de poner espanto

Al hombre ménos dispuesto
A sueños de visionario.
Y en esto que allí Ramiro
Proseguia cavilando,
Una criada de la casa
De pelo y rostro africano,
Que cariño le tenia,
Vino y le dijo despacio:

«Mi amito ¿qué no se acuesta?»
—No, todavia es temprano.—
«Temprano, y las once ya
En el Cabildo sonaron!»[1]
—¿Se han oido?—
«Sí, señor,
El Norte está ahora soplando.»
—Sí serán, pero yo estoy
Esta noche desvelado.—
«Mi amito; ha visto la luz?[2]

1 ¡Temprano, y las once ya
En el cabildo sonaron!

En la torre del edificio donde en otro tiempo se congregaba la municipalidad ó cabildo de Buenos Aires está el reló de la ciudad, cuya campana cuando sopla el viento del Norte se oye á mas de legua hácia el Sud. El viento Norte en el rio de la Plata produce conjestiones cerebrales y predispone el ánimo á los sueños y fantásticas visiones.

2 Mi amito, ¿ha visto la luz?

Amito—Espresion de cariño y respeto con que denominan los criados de color á los hijos de sus amos y en jeneral á toda persona jóven que no es de su clase.

Luz—Nombre que dan en el Plata á las exhalaciones fosfóricas ó fuegos fátuos. La gente vulgar y preocupada se imajinan que son ánimas en pena de personas asesinadas ó muertas sin confesion.

— ¿Qué luz? —
« La que anda vagando
Allí en el potrero viejo [1]
En las noches de verano. »
— ¿Que luz es esa?—
Es el alma
De un hombre que allí matáron. »
—Vete, tonta, esos son cuentos
Que forjó algun visionario.—
« No, mi amito, es realidad.
El marido era hombre malo
Y allí dió de puñaladas,
Un dia que andaba arando,
Por celos de la mujer,
Al peon quintero del amo; [2]
Y desde entonces allí anda
La ánima suya penando;
A las once se aparece,
Y ya las once sonaron;
Por eso á esta hora ninguno

Allí en el potrero viejo

Potrero—Estension de campo zanjeada para encierro y pastoreo de caballos; cuando se destina á siembras ó se abandona se llama potrero viejo. Son lugares adonde naturalmente abundan luces ó fuegos fátuos.

2 Al peon quintero del amo

Peon quintero—Jornalero que trabaja en la labranza de la quinta. Amo—el dueño y señor de casa y servidumbre.

Se atreve á andar por los álamos, [1]
Ni á mirar;—yo voy ahora
A rezarle mi rosario.»

Dijo y se fué, y en la silla
Quedó Ramiro abismado;
Que aquellas palabras eran
De su conciencia presajio,
Recuerdo horrible para él
De cosas que le pasaron.
Y en el cuento de la tia [2]
Siguió Ramiro cismando,
Y continuaba el chillido
De los grillos y los sapos,
Y las [3] linternas brillantes
En la oscuridad vagando.
La luz, ardiendo en la sala,
Vertia trémulos rayos
En el corredor oscuro,

1 Por eso á esta hora ninguno
Se atreve á andar por los álamos

La calle de álamos por donde Ramiro se paseó esa tarde pasaba contigua al potrero viejo, lugar donde aparecia la luz: por cuyo motivo ningun morador de la quinta se atrevia de noche á cruzarla ni mirar hácia ese rumbo.

2 Y en el cuento de la tia

Tia—Lo mismo que negra vieja.

3 Y las linternas brillantes

Linternas—Insectos fosfóricos de luz intermitente y alijeros que abundan en las noches serenas de verano. Son las luciérnagas de España.

Triste, silencioso y largo,
Donde Ramiro tan solo
Cavilaba desvelado.
Entró á ella, y una vihuela
Tomó allí de sobre el piano,
Volvió á su asiento y despues
De preludiar un buen rato,
Cantó aquella melodía,
Tierna y de eficaz halago,
Que llorar hace á las bellas,
Y en el alma deja rastro:
—El desamor, ó el jemido
De un corazon solitario—
Y se quedó pensativo,
Con la guitarra en la mano.

Oyó entónces un ruido
Aproximarse liviano;
Miró y vió! horrible vision!
Al resplandor de los rayos
Que salian de la sala,
Acercarse un bulto blanco
De esbelto y airoso talle;
El cabello desgreñado
Y en trenzas por las mejillas
Y por los hombros ondeando.

Y Ramiro en el sillon
Se quedó petrificado.

Y el bulto llegó pasito,
Y se paró allí á mirarlo
Cara á cara, sonriendo;
Y en su bello rostro blanco
Sus ojos fascinadores
Brillaban como dos lámpos,
Que en los de Ramiro fijos
Poder ejercian májico.

Y Ramiro en el síllon
Lo via petrificado.

Y aquel bulto de mujer
Alzó su nevada mano;
Un dedo lleno de anillos
Puso en su marchito labio,
Y le dijo: «¡ Calla ! Calla !
Mira ! me han traido al campo,
Porque en él crecen las flores
Y las flores se han secado.»

Y Ramiro en el sillon
La oia petrificado.

—« Oye, la lechuza chilla,
Su grito es de mal presajio. . . .
Dicen que ayer los amigos
Al cementerio llevaron
Su cadáver; pero su alma
Anda por aquí penando;
Porque hermana es de la mia:
Su voz me llama y su canto.—»

Y Ramiro en el sillon
Lo oia petrificado.

Rezále alguna oracion;
Los muertos no son ingratos;
Los muertos tienen memoria,
Los vivos olvido y llanto.

Yo me voy á recojer
Flores para él por el campo.»

Y aquel bulto de mujer
Todo vestido de blanco
Se perdió en la lobreguez
Del corredor solitario.

Y Ramiro en el sillon
Quedó inmoble y desmayado.

V.

Si lo que vió Ramiro aquella noche
Fué febril y fantástica vision,
Si fué la vana sombra ó la apariencia,
De la bella mujer que idolatró;
Si vió su rostro vivo y su mirada
Y oyó de Celia la hechicera voz,
Sin duda lo sabrán los corazones
Que penetran misterios del amor.
Pero jamás de la memoria suya
El recuerdo terrible se borró
De aquella noche borrascosa y triste
De aquella vaga y funeral vision.

TERCERA PARTE.

I.

La vida del esposo es un misterio
Desde que á Celia sorprendió y Ramiro;
Nadie en las calles divisó su rostro,
Ni tampoco le vieron sus amigos.

Su casa ántes alegre y concurrida,
De la abundancia y de la paz asilo,
Que hacian mas risueño y agradable
De una bella mujer los atractivos,

Hoy solitaria está, siervos y criados,
De triste ceño y ademan esquivo
La habitan solo, y su esterior refleja
La tristeza que reina en su recinto.

Si alguno por sus amos les pregunta
Solo responden:—«para el campo han ido,»
A importunas preguntas dan silencio,
Su labio no revela lo que han visto.

Se eclipsó el sol de la morada aquella,
De ella por siempre se apartó el hechizo;
Cayó el Dios tutelar que la escudaba
Como un ánjel rebelde en el abismo.

Que la sonrisa de mujer hermosa,
De su voz tierna el singular prestijio,
Cuando el amor en él une las almas
Convierten el hogar en paraiso.

Pero en aquel hogar si hubo contento
No bajó al corazon enardecido
De la infeliz mujer que en torno suyo
Lo derramaba sin cesar benigno.

Todos allí gozaban; el esposo,
Los esclavos, los deudos, los amigos
Su simpático amor: todos la influencia
De su amable virtud y su cariño.

Solo ella era la víctima inocente
Condenada á perpetuo sacrificio;

Solo ella era infeliz porque no amaba
Al hombre á quien la uniera su destino.

Por eso pronto huyó de aquel albergue
A par de ella el contento fujitivo,
Y se alejó el esposo que en infierno
Lo encontró de repente convertido.

Aquel techo lo abruma, no respira
Sino ambiente letal en su recinto;
Parécele que jigantescas voces
« Huye, le gritan, de este hogar maldito. »

Y que escucha estruendosa carcajada
En las salas sonar del edificio,
Como si burla á su impotente rabia
Hiciese á su dolor jenio maligno.

Allí ve el nupcial lecho, viudo ahora,
Donde apuró deleite indefinido,
El sofá do con ella reposaba,
El tocador, sus joyas y vestidos.

Allí vé su retrato; do quier rastros
De la mujer que amó y ama ofendido;
El jardin donde juntos se recreaban,
Las flores que atraian su cariño.

Por eso huye de allí, que esos objetos
Hieren su corazon en lo mas vivo,
Su vergüenza le pintan é infortunio,
Le recuerdan la dicha que ha perdido.

Y á veces le parecia
Que del hogar doloridos
Se levantaban mil ecos
Agrios á reconvenirlo,
Y le decian «¿ qué has hecho,
Insensato, en tu delirio,
De la mujer que fué siempre
Anjel de tu hogar benigno ?
¿ Porqué nos privaste de ella,
De su sonrisa y cariño,
Corazon de duro bronce,
Hombre del cielo maldito?»
Entónces á pesar suyo
Siente el pecho enternecido,
Y una lágrima de fuego
Brotar, y un hondo suspiro;
Porque pasion desbocada
Lo arrastró á ese precipicio,
Donde caerán despeñados
Celia tambien y Ramiro:

Que en una misma balanza
Pesó el cielo sus destinos.
Pero en las calles el rostro
Del esposo nadie ha visto,

Porque él en cada mirada
Creeria hallar un testigo,
Un juez en cada conciencia,
En cada lengua un indicio;
Que le increpasen tremendos
Su deshonra ó su delito.
Ni quiere dar que reir
A los corazones frívolos,
O que el sarcasmo lo aceche
Para lanzarle sus tiros,
O que al pasar por la calle
Levantándose maligno,
Algun dedo lo señale
Diciendo:— « allí va el marido. » —

Por eso se oculta y marcha,
Bajo el velo del sijilo,
Revolviendo en su cabeza
Mundo de ideas sombrío.
En tanto en el corazon
Lleva su dolor esquivo,
Y su impotente venganza,

Y su furor escondido;
Y no encontrará solaz.
Sueño en su almohada tranquilo,
Hasta que haciendo esplosion
Muerte fulmine ó castigo.

Que la pasion vivaz irrealizada,
Aunque vea delante horrible abismo,
Vela febril, infatigable marcha
Jigantesca y tenaz á su designio.

II.

Hay horas de silencio y de recojimiento
En que dormida el alma cansada de afanar,
En que la ardiente lucha del corazon se calma,
Y replega sus alas el pensamiento audaz.

En que ébrios los sentidos, la carne adormecida
De nuestro yo conciencia, ni del mundo esterior
Tenemos, ni las formas ni los colores vemos,
Ni los ayes oimos, ni el terrenal clamor.

Despiertos no sentimos, entónces, ni pensamos,
Tan solo vejetamos, vivimos sin vivir;

No hay ansias, ni deleites, ni locas ambiciones,
De las pasiones cesa la ajitacion febril,

Entónces no sufrimos, ni tampoco gozamos,
Porque latente yace la actividad del ser,
Porque si vuela el tiempo para nosostros raudo,
El peso de sus alas no abruma nuestra sien.

Dichosos, si durasen las horas de ese sueño
Como duran y vuelven las del sueño comun;
Pero ah! que ellas no tienen para curar el alma,
Ni darle refrigerio balsámica virtud.

Es el vértigo fatal
Que del ánimo se ampara
Cuando el corazon convulso
La sangre á torrentes lanza,
La embriaguez del sentimiento,
O aquella aparente calma
Que sigue á las convulsiones,
De la pasion desbocada.
Y en este estado Ramiro
Se mantuvo en su morada,
Horas felices para él,
Si una eternidad duráran.
Cayó rendido al embate

De impresiones tan estrañas,
De tan violentos afectos,
Su voluntad temeraria;
Pero despertando al fin
Mas robusta se levanta
Para oponer al destino
Su jigantesca pujanza.
Entónces en su memoria
Tomaron forma animada
Las escenas de la quinta,
Cuanto allí vió y escuchara.

« Ella era, ella era, se dijo,
Y no su apariencia vana
La que vi; de ella sin duda
Las misteriosas palabras.
Y la infeliz me cree muerto
A manos de la venganza
Del esposo, piensa en mí,
Me busca, me llora y me ama.—
Y por mi amor ha perdido
La razon, y voces vagas
Aquella boca divina
Solo inarmónica exhala.
¡ Dios mio ! Dios mio ! otorga
El temple del bronce á mi alma,

Ilumina mi razon,
Porque la pasion me arastra.
¡ Ella infeliz por mi amor,
Y en el campo abandonada !
Su nombre en lengua del vulgo
Que al infortunio disfama !
Oh ! mi cabeza se pierde
De este mar en la borrasca: —
Muerte al esposo asesino !
Víctima inocente, aguarda.»

Y con estos pensamientos
Una noche de su casa
Salió Ramiro á deshora,
Envuelto en su oscura capa.
Tenebrosa era la noche
Como la noche de su alma,
Y alguna estrella divisa
Entre las nubes que pasan.
Iba ciego; una, otra calle
De la gran ciudad cruzaba,
Revolviendo en su cabeza,
Ora memorias amargas,
Presentimientos de muerte,
O colosales fantasmas:
Iba donde misterioso

Su destino lo llevaba;
A realizar el ensueño
Que persiguiera con ansia,
A descifrar el enigma
De sus locas esperanzas;
O á buscar la luz divina
De la estrella solitaria
Que entre las nubes sombrias
Se ocultó de la borrasca.
Tenebrosa era la noche
Como la noche de su alma,
Y con rapidez Ramiro
Cruzaba las calles largas;
Y al pasar, en la saliente
Reja de antigua ventana,
Tropezó, y lo distrajeron
Los sones de una guitarra.
Paró el oido:—una voz
Sonó dentro mustia y vaga
Que lo mas hondo y sensible
Conmovió de sus entrañas.
Era una voz de mujer,
De esas que salen del alma,
Y misterio ó infortunio
Al que las oyen presajian:
Y reclinado en la reja
Oyó que la voz cantaba.

Ayer habia
Flores muy bellas
Mas todas ellas
Mústias están;
Buscar es vano
Frescas ahora,
Porque en mi mano
Se secarán.
La brisa pura
Del campo es grata,
Y la natura
Bella es allí;
Mas se acabaron
Brisas y olores
De lindas flores,
¡ Pobre de mi !

Y al pronunciar la voz mústia
Estas últimas palabras,
Un hombre alto, que emponchado
Cerca de Ramiro estaba,
Clavando en él rato hacia
Ojos que relampagueaban,
Se acercó y le dijo adusto:
«—¿ Qué haces aquí ?—»

Una mirada

De sarcástico desprecio
Ramiro arrojó á su cara,
Diciendo; «quien atrevido
Hace pregunta insensata
Merece que le responda
Tan solo una bofetada.»

«—Defiéndete, seductor,
Que te busca mi venganza—»
Replicó el hombre, sus ojos
Despidieron viva llama;
Y sobre Ramiro al punto
Descargó una puñalada.
Este ya herido, hácia atras
Dió un salto, y lleno de rabia,
Para defenderse echó
Al brazo izquierdo su capa,
Y tiró un puñal que siempre
A la cintura llevaba,
Esclamando:—«yo tambien,
Asesino, te buscaba.»

Y ambos instintivamente
A media calle se lanzan,
Y en la oscuridad se buscan
Con fosfóricas miradas.
Ramiro ájil como jóven,

La hoja que brilla acerada,
De su enemigo desvía,
O envuelve diestro en la capa;
Y recula y se defiende,
Que de su sangre villana
Echar en su nombre puro
No quiere imborrable mancha;
Pero él lo acosa y lo estrecha,
Con infatigable saña,
Y su afan viendo burlado
Mas se irrita y se agiganta
Su furor, y el brazo alzando
Sobre Ramiro se lanza,
A tiempo que este en un poste
De la vereda se traba;
Y el acero vengativo
El hombro izquierdo le alcanza.
Herido otra vez Ramiro,
Como la serpiente hollada,
Antes que el otro se mueva,
Con rapidez instantanea,
Va sobre él, y el puñal todo,
En la tetilla le clava...
Dá un ay! recula, vacila;

1. Postes.—Maderos clavados verticalmente en el veril de las veredas de las calles de Buenos Aires.

Y se desploma de espaldas
El hombre aquel, esclamando,
Con voz ronca y destemplada:

«— Venciste, vil seductor,
Muestra á tu Celia adorada
Ese puñal donde escrita
Está mi muerte y su infamia;
Pero recuerda que fuiste
Tú el autor de su desgracia,
Y que hasta el infierno mismo
Te seguirá mi venganza.—»

III.

Y Ramiro al huir horrorizado
Sintió del morimundo las palabras
Resonar como trueno en sus oidos,
Y hacer eco una horrible carcajada,
Y allí entre las tinieblas parecióle
Divisar una forma sobrehumana,
Un ánjel ó demonio vengativo
Con voz tremenda repetir:—«Venganza!»
Y ciego y aterrado entró corriendo

Por la puerta fatal de aquella casa,
En cuya reja, seductor oyera
El sonido fugaz de una guitarra;
Y en medio de un salon se encontró luego
Que una luz vacilante iluminaba;

Y vió salir de lóbrego aposento
Una mujer con vestidura blanca,
Suelto el rubio cabello y estendido
Por el pecho de nieve y las espaldas,
De mirar vago, y macilento rostro,
Porte de noble reina destronada:
Ramiro quiso huir, pero no pudo;
Una fuerza invencible sus piés traba,
Un májico poder lo paraliza,
Y sus potencias todas avasalla:
Su corazon no late, no respira,
Inmoble está como marmórea estátua.
Y de aquella mujer la ardiente vista
Sobre la suya atónita se clava,
Y al mirarlo sonrie cariñosa;—
Se acerca mas y mas, la mano pasa
Por su frente y sus ojos, cual si entonce
De letárgico sueño despertára;—
Parece conocerle; en su faz bella
De íntimo gozo la espresion resalta,

Cual si la vida suya al estinguirse
Sus espíritus todos concentrara;—
Va á abrazarle, y al punto retrocede
Atónita, convulsa, horrorizada;—
Su inefable sonrisa se disipa,
Brota en sus bellos ojos una lágrima,
Palidez cadavérica en su rostro,
Agonizante brillo en su mirada;—
Y se desploma al suelo, así esclamando:
«¡ Sangre, Ramiro, criminal te mancha !»
Y al mismo tiempo que cayó se oyeron
Las cuerdas reventar de una guitarra,
Y al eco disonante y moribundo
Respondió una estruendosa carcajada.

Lo que sintió Ramiro aquella noche,
Lo que pasó por su alma atribulada
Solo Dios lo sabrá; que á bosquejarlo
De labio humano la espresion no alcanza.

CUARTA PARTE

I.

En la gran capital del Argentino,
Donde arrulló su vida la fortuna
Lisonjera y feliz desde la cuna,
Nadie á Ramiro en adelante vió;
Nadíe supo si en climas estranjeros,
Léjos del bello y afamado Plata,
La estrella suya le sonriera grata,
Ni adonde el infortunio lo llevó.

Mucho se habló del crímen, la malicia
Tal vez por bajo pronunció su nombre,
Pero quedó la muerte de aquel hombre
Envuelta en misteriosa oscuridad:
Unos á error ó vengativa saña,
Otros á la maldad lo atribuyeron,

Y comentarios mil sobre él se hicieron,
Mas nadie descubrió la realidad.

Si el fin de Celia lamentable y triste
Alguna luz á la justicia diera;
O si el rastro de sangre descubriera,
La mano criminal no alcanzó á ver;
O si la vió, tal vez herir no pudo,
O pensó cuerdamente que el castigo
No es para el que luchando al enemigo
Alevoso y tenaz supo vencer.

Mucho se habló del crímen pero pronto
Se perdió su memoria; y el olvido,
De la esposa infeliz y del marido,
Los restos confundió en un ataud;
Tal vez alguno pronunció sus nombres,
Y una lágrima pura y elocuente
Dió ofrenda religiosa solamente
De Celia desdichada á la virtud.

Ramiro, en tanto, en estranjera nave
Las crespas ondas de la mar surcaba,
Y al destino fatal abandonaba
Resignado su vida y porvenir.
¿Que le importan las ansias de la tierra?
La embriaguez de su gozo y sus pasiones?

Qué le importan sus locas ambiciones?
Los combates y lauros del vivir?

¿Qué le importa el vivir, si ya la vida
De encantos juveniles vé desnuda,
Si ya en su mente jerminó la duda
Y se secó la flor de la ilusion?
Si ya á los diez y ocho años ha sentido
Lo mas acerbo del dolor mundano?
Si en sus raptos sublimes tocó ufano
El límite ideal de la pasion?

¿Si el demonio fatal del desengaño
El mundo cadavérico le muestra,
Y en premio al lidiador en la palestra
Solo ofrece dolor y un ataud?
Si en cada flor encontrará una espina,
En cada senda un hondo precipicio,
Si la vida es perpetuo sacrificio
Y un ensueño febril la juventud?

¿Si rayo de infortunío inesperado;
Aniquilando el jérmen de su dicha
A su atónita mente ha revelado
Abismo de pasmosa realidad?
Si su jóven, ilusa fantasía
De brillante, ideal, místico mundo

Deslumbrada cayó en el cieno inmundo
Donde tode es miseria y vanidad?

Allí sus esperanzas se estrellaron,
Sus bellas ilusiones se perdieron,
Y exhalando un jemido, en él se hundieron
Los partos de su hermosa juventud;
De esa feliz edad en que posible
Todo creemos, cuando el alma incauta
Se lanza en su espansion indefinible
A rejiones de gloria y beatitud.

Y el desengaño ahora con su soplo
Hiela el foco vital de su entusiasmo
Y hace burla con hórrido sarcasmo
De su imprudente y necia candidez;
Le echa en rostro su loco desvarío,
Los quiméricos raptos de su anhelo.
Y en su pecho de jóven vierte el hielo
De la impotente y mísera vejez.

Su corazon ardiente está cerrado
A las dulces y tiernas emociones;
Ya no exhala sonoras vibraciones,
Ya no siente, ó es mudo su sentir;
Indiferente al goze y la alegría
Parece por su rostro, donde asoma

Del triste desengaño la ironía,
Al traves de apacible sonreir.

Su corazon herido es un sepulcro
Donde yace por siempre sepultado
El recuerdo vivaz de lo pasado,
De su funesta, indómita pasion;
Si alguna vez sobre su jóven frente
Nubes esparce ó palidez sombría,
Vuelve, gusano de insaciable diente,
A devorarlo con igual teson.

II.

Del mar sublime, entre tanto,
La ajitacion ó la calma
Al penoso afan de su alma
Suelen alivio traer;
Y su jigantesca voz
Pasiones altas y vivas
Que dormian inactivas
Iba en su seno á mover.

Él, que la amó desde niño,
Viendo en toda su grandeza

Allí á la naturaleza
Grande tambien se sintió.
Y se dijo, meditando,
«Donde voy? porqué camino?
Cuál es del hombre el destino?
Qué haré de la vida yo?»

«La vida! sin duda, Dios
Con algun fin me la diera,
Pues á cuanto creó impusiera
Un destino y una ley;
Y grande y digno ser debe
Que concreta la natura
El de la noble creatura
En su cabeza de rey.»

«Pues que vivir es preciso,
Burlando al dolor, vivamos!
A nueva esperanza abramos
El corazon juvenil;
Tal vez hallemos la fuente
De refrijerio y de calma
Donde amortigue la mente
Su ambicion loca y febril.»

«Vivamos! que es cobardía
Solo de ánimo mezquino

Doblar la frente al destino,
Y resignado jemir;
Luchemos, si hemos nacido
Para luchar en la tierra,
Si es perpetua y dura guerra
La condicion del vivir.»

« Animo, pues, adelante !
Corazon mio, marchemos !
Tal vez rayos columbremos
De bien y felicidad:
Que vencedor ó vencido,
En la terrenal palestra,
Es do el hombre ejerce y muestra
Su grandeza y dignidad. »

III.

Ramiro los dolores de la vida,
Los arcanos profundos no ha sondado
En toda su estension; bella y florida,
Vista al traves del prisma iluminado

De la edad juvenil le pereciera,
Cuando en amor y fé su pecho ardiente

Rebosaba dichoso y altanera
Todo allanaba su ambiciosa mente.

Cuando esplayando su voraz deseo
Por el vasto jardin de la natura,
Cada objeto anhelado era un trofeo,
Un manantial perenne de ventura.

Pero arancando el desengaño un dia
La venda misteriosa á su confianza
Le mostró con sarcástica ironía
La tumba de un amor y una esperanza.

Entónces vió las flores de la vida
Marchitarse y caer hoja por hoja,
Y su alma atribulaba y confundida
Por la primera vez sintió congoja;

Sintió intenso dolor;—desnuda y fea
Columbró la espantosa realidad,
Y empezó á presentir su ilusa idea
Que todo bajo el sol es vanidad.

Porque la vida es intrincada ciencia
Que penetrar la juventud no puede;
Patrimonio fatal de la esperiencia
Al tiempo solo sus verdades cede.

O mas bien es un libro misterioso
Que revela al mortal en cada dia
Un desengaño amargo y doloroso,
Y su postrer arcano en la agonía.

De ese libro una página leyera
Los ojos al abrir de la razon;
Por eso la esperanza renaciera
En su jóven y ardiente corazon.

Por eso audaz, aunque el dolor le oprime,
Ambiciones en sí sintiendo estrañas,
Vá á buscar esa incógnita sublime
Que encierra el porvenir en sus entrañas.

Mas no lo mueve amor de la belleza;
Yerta está esta pasion; otras mas hondas
Hierven confusamente en su cabeza
Como en el mar las incansables ondas.

Pasó para él la edad de los amores,
De las frívolas ansias y placeres;
Porque apuró congoja y sinsabores
En el labio fatal de las mujeres.

Hoy anhela sondar su inteligencia
La natura, y el hombre y la verdad,

Y en las jigantes obras de su ciencia,
En su vida estudiar la humanidad;

Hoy si es vana la ciencia, ver procura,
Si el error es del hombre patrimonio,
Si del progreso suyo y su cultura
Ha dejado en los siglos testimonio.

Si el árbol de la ciencia es el de vida,
Y el fruto suyo el inefable bien;
O si la muerte en él está escondida
Como en el bello y tentador Eden.

Quién sabe si el bien alto encontraria,
La lumbre que buscaba su razon,
Si recobró la paz y la alegría
Su triste y borrascoso corazon.

Si en la rígida escuela de los años,
Del pensamiento noble en el labor
Otra cosa aprendió que desengaños,
Recogiera otro fruto que dolor.

O si ya libre de congoja y luto,
Al volver á su patria, rico en ciencia
De la ilustrada Europa y esperiencia
A ofrecerla su amor y su tributo,

Perdió toda esperanza; y lanzaria,
Viéndola agonizar entre las manos
De imbéciles y bárbaros tiranos,
Maldicion de despecho en su agonía,